

res que sea ménos desgraciada en el baile, déjamelas poner.

Osvaldo no respondió nada, y María las tomó de manos de su doncella, que entraba en aquel momento.

A las diez de la noche, se reunieron en el salon Lady G., su hija, su esposo y Osvaldo, completamente ataviados para asistir al baile de la embajada de Francia.

Cármén estaba encantadora: llevaba un traje de crespon pajizo, recogido con ramilletes de perlas, y un soberbio aderezo de perlas y diamantes.

Sus guantes blancos dejaban ver una parte de sus hermosos brazos, que parecían hechos á torno, y sus cabellos negros recogidos en trenzas adornadas con sartas de perlas, prestaban á su fisonomía un encanto indecible.

Madre é hija ocuparon uno de los carruajes que los esperaban, y Osvaldo y su padre subieron en el otro.

## VII.

Cuando llegaron á la embajada, torrentes de luz y de armonía se escapaban por las rejas del piso bajo.

Era un baile de verano; toda la concurren-

cia iba agolpándose á los jardines, espléndidamente iluminados á la veneciana.

Multitud de damas cruzaban los bosquecillos, vistosamente engalanadas y dando vueltas apoyadas en el brazo de los caballeros: por todas partes habia música, alegría, luces y ruido; por todas partes la animacion y la alegría.

La embajadora recibió á Lady G. y á su hija con la más esquisita distincion, alabó la belleza verdaderamente angelical de María, y encomendó á Osvaldo que las enseñase lo que á él le pareciese lo más agradable del jardín, en tanto que Lord G. hablaba con su esposo de los acontecimientos más interesantes en la política del dia, y en tanto tambien que ella iba á recibir á otras señoras que iban llegando.

Osvaldo se disponia á acompañarlas, para cumplir con los deseos de la embajadora; pero al mismo tiempo miraba en derredor suyo, como si esperase alguna cosa.

Cármén no advirtió su irresolucion: habia concurrido á muy pocas fiestas de aquella clase en su vida, porque su esposo era aficionado al retiro más bien que á los espectáculos, y si entonces asistia á aquel era solo por amor á su hija, y movida por las instancias de Osvaldo, que era la mano oculta que movia todos los intereses de aquella familia.

Por lo mismo, Cármén, á pesar de la triste-

za que le causaban los dolores de su hija, se hallaba allí complacida y embargada por un asombro muy natural.

Aquel jardín, aquellos perfumes, aquellas luces, le recordaban su país natal, su querida Andalucía; parecía que se hallaba de nuevo en su patria; y embargada con tan agradables recuerdos, no pensaba en notar la agitación creciente de Osvaldo.

Por su parte, María miraba maquinalmente pasar las parejas por su lado, con una especie de soñolencia confusa y triste.

Pensaba en Benedicto: en Benedicto, cuyo recuerdo tenía fijo en el corazón hacia quince años, es decir, desde que sus ojos se abrieron á la luz.

Cada joven que veía vestido de negro, le parecía ser el hijo del doctor James: por que ella no creía que se hubiera marchado de veras, que se hubiera alejado voluntariamente de los sitios que ella habitaba.

Los ojos verdes de Osvaldo, se animaron por fin con un rayo de alegría, y se fijaron con afán en una grotesca figura, que venía avanzando por una calle de árboles.

Era un anciano de exigua talla y en extremo jorobado: sus dos hombros, anchos y cuadrados, subían casi hasta la altura de sus orejas: tenía un vientre enorme, el pecho hundido y las manos largas y excesivamente flacas, lo

mismo que sus piés, que ostentaban una longitud desmesurada.

Por lo demás, parecía querer ocultar los achaques de su edad y todas las imperfecciones de su figura con un cuidado extraordinario y minucioso en su tocador; estaba teñido, atusado, atildado: sus cejas eran postizas: sus cabellos, que debían ser blancos, ostentaban el más hermoso y brillantado negro, lo mismo que su pequeño bigote ridículamente retorcido á la borjoña.

Llevaba los piés y las manos tan apretados dentro de sus botas y de sus guantes, que apenas podía moverlos, y se conocía que andaba con mucha dificultad.

Su rica camisa de batista estaba guarnecida de encajes, y cerrada con botones de diamantes; una cadena llena de sellos y dijes de oro y pedrería sostenía su reloj. Su frac estaba cortado con arreglo á la más rigurosa moda, y toda su personilla, lista, viva y magra, exhalaba un fuerte perfume.

Acercóse dando saltitos á Osvaldo, y le dió la mano, con una mezcla ridícula de cordialidad y de protección.

—Querido duque, le dijo éste, aprovecho esta buena ocasión para presentar á Vd. á Milady, esposa segunda de mi padre, y á su hija y mi hermana María.

Luego añadió presentando el jorobado á

Cármén y á María; el señor duque Jerónimo Z..., grande de España, Senador del Reino y gentil-hombre de S. M.

Cármén y su hija, saludaron inclinando levemente la cabeza.

—¡Oh, oh! dijo el señor duque con una vocecita muy atiplada y muy chillona: yo conocía ya á estas señoras.

—Yo no tenía el gusto de conocer á Vd., respondió Cármén con frialdad.

—Pues yo, señora, he visto á Vd. varias veces en la fuente Castellana con esta señorita: yo iba á caballo con mi sobrina Cornelia, una encantadora niña de quien soy tutor; ¿es verdad, querido Osvaldo?

—¡Oh, sí! ¡y muy encantadora! afirmó Osvaldo, con una animacion que no pasó desapercibida á la penetracion de Cármén.

—¿Pues y la otra? ¿y mi sobrinita Enriqueta? figúrese, señorita, que solo cuenta diez años, y monta á caballo, y tira al sable lo mismo que una amazona.

María permaneció callada é impasible, preguntándose qué podrian importarle á ella las habilidades y las proezas de las sobrinas del duque. Este prosiguió:

—Mis sobrinas quedaron huérfanas desde muy chiquitas, y encomendadas á mi cuidado, pues era el hermano único de su madre, y tambien su único pariente: yo, la verdad, no lo sen-

tí, pues como nunca he querido casarme, consideré que las niñas me servirian de distraccion, y así ha sido: determiné educarlas á mi modo: nada de bordar, ni de música, ni de esas tonterías: las niñas deben desarrollarse. Las acostumburé ante todo á cazar, á jugar al volante y á montar á caballo; así es que Cornelia, que tiene diez y ocho años, es mas alta que Osvaldo, y además muy gruesa: en cuanto á Enriqueta, prométe ya una buena estatura: si yo hubiera tenido quien me diese esta educacion, no me hubiera quedado así: pero la buena de mi madre, era una de esas mujeres que solo valen para rezar, y que crian á sus hijos como damiselas: á ella tengo que agradecerle mi interesante figura.

El señor duque dijo todo esto de un tiron, y sin descansar. Cármén le escuchaba inmóvil y asombrada: le parecia imposible lo mismo que estaba oyendo: es decir, que hubiera un hombre que hablase con tan poco respeto de su madre, muerta, y que se burlase de sí mismo con tan poco pudor y tan ridículo desahogo.

Hay en las desgracias corporales y en las deformidades humanas algo que las hace interesantes, y que hasta las ennoblece: esto es el pudor del individuo: si él es el primero que se rie de su deformidad, los demás se rien tambien.

Muchas personas maltratadas por la naturaleza, dicen:

Cármén y á María; el señor duque Jerónimo Z..., grande de España, Senador del Reino y gentil-hombre de S. M.

Cármén y su hija, saludaron inclinando levemente la cabeza.

—¡Oh, oh! dijo el señor duque con una vocécita muy atiplada y muy chillona: yo conocía ya á estas señoras.

—Yo no tenía el gusto de conocer á Vd., respondió Cármén con frialdad.

—Pues yo, señora, he visto á Vd. varias veces en la fuente Castellana con esta señorita: yo iba á caballo con mi sobrina Cornelia, una encantadora niña de quien soy tutor; ¿es verdad, querido Osvaldo?

—¡Oh, sí! ¡y muy encantadora! afirmó Osvaldo, con una animación que no pasó desapercibida á la penetración de Cármén.

—¿Pues y la otra? ¿y mi sobrinita Enriqueta? figúrese, señorita, que solo cuenta diez años, y monta á caballo, y tira al sable lo mismo que una amazona.

María permaneció callada é impasible, preguntándose qué podrían importarle á ella las habilidades y las proezas de las sobrinas del duque. Este prosiguió:

—Mis sobrinas quedaron huérfanas desde muy chiquitas, y encomendadas á mi cuidado, pues era el hermano único de su madre, y también su único pariente: yo, la verdad, no lo sen-

tí, pues como nunca he querido casarme, consideré que las niñas me servirían de distracción, y así ha sido: determiné educarlas á mi modo: nada de bordar, ni de música, ni de esas tonterías: las niñas deben desarrollarse. Las acostumbré ante todo á cazar, á jugar al volante y á montar á caballo; así es que Cornelia, que tiene diez y ocho años, es mas alta que Osvaldo, y además muy gruesa: en cuanto á Enriqueta, promete ya una buena estatura: si yo hubiera tenido quien me diese esta educación, no me hubiera quedado así: pero la buena de mi madre, era una de esas mujeres que solo valen para rezar, y que crían á sus hijos como damiselas: á ella tengo que agradecerle mi interesante figura.

El señor duque dijo todo esto de un tiron, y sin descansar. Cármén le escuchaba inmóvil y asombrada: le parecía imposible lo mismo que estaba oyendo: es decir, que hubiera un hombre que hablase con tan poco respeto de su madre, muerta, y que se burlase de sí mismo con tan poco pudor y tan ridículo desahogo.

Hay en las desgracias corporales y en las deformidades humanas algo que las hace interesantes, y que hasta las ennoblece: esto es el pudor del individuo: si él es el primero que se rie de su deformidad, los demás se rien también.

Muchas personas maltratadas por la naturaleza, dicen:

—Para que los demás no crean ofenderme ó mortificarme burlándose de mí, voy á burlarme yo el primero.

¡Oh, que lamentable error es este, y cuántos disgustos trae al que le abriga!

Lo que se podría evitar con un poco de pudor y dignidad, se fomenta, y aun se provoca con el alarde de la desvergüenza y de la despreocupacion.

De estos era el duque; su espíritu de mordacidad, necesitaba trabajar incesantemente, y para que los demás no le diesen una lección severa, empezaba burlándose de sí propio.

Los necios decían:

—¿Para qué nos hemos de burlar del duque si él es el primero que se ríe de sí mismo? ¡buen caso hará de nuestros sarcasmos!

Pero las personas dignas y sensatas, exclamaban al verle:

—¡Qué hombre tan despreciable!

Esto mismo era justamente lo que estaba pensando Carmen en tanto que él hablaba: el jorobado, picado del poco efecto que producía, se acercó á Osvaldo y le dijo:

—Me parecen un poco negadas; ¿eh? Pienso que lo que es la niña, no siente la yerba nacer, ¿no es así?

—Es una inocente, dijo Osvaldo, que estaba también muy poco satisfecho del comportamiento de Carmen y de su hija.

—No dejaré yo por eso de casarme con ella, querido, repuso el duque: la mujer propia, cuanto más inocente, mejor; pero vamos, ¿no va Vd. á ver á Cornelia? ¡estará hecha una furia con Vd.!

—Oigo preludiar un rigodon, dijo Osvaldo: voy al salón para ver si quiere bailar conmigo.

El joven desapareció por la gran calle del jardín, á cuyo principio se hallaban, y que estaba toda iluminada con vasos de colores, y el jorobado se volvió á María:

—Señorita, le dijo con la mayor naturalidad, se vá á bailar un rigodon: ¿me hará Vd. el honor de aceptar mi mano?

María, inmóvil de sorpresa, no respondió, contentándose con mirar de la cabeza á los pies al estrámbotico personaje que le hacía aquella petición. Carmen respondió por ella:

—Caballero, mi hija no baila.

—¿No sabe acaso?

—No señor.

—Eso es lo de ménos, repuso el duque con una serenidad imperturbable: mi sobrina no sabe tampoco, y sin embargo baila: en la confusión del salón no se nota eso; hacer lo que hacen los demás, y se acabó.

María miró á su madre con angustia: en aquella mirada, la pedía que la librara de un ridículo cruel.

—Caballero, repuso Lady G., debo decir á

Vd. que además de no saber, mi hija no gusta de bailar.

—¡Bah! ¿á su edad? ¿qué edad tiene?

—Quince años y medio.

—¿Y no gusta de bailar?

—Ya he tenido el honor de decir á Vd. que no.

—Vamos, señora: yo creo que es Vd. la que no se lo permite, repuso el duque con un poco de acrimonia; á los quince y diez y seis años, no puede ménos de agradar el baile á una jóven: así, permítala Vd. venir conmigo.

—No sé bailar, ni quiero empezar hoy á aprender, caballero, dijo María gravemente: es inútil su porfía.

—Pero venga Vd. siquiera al salon, y tal vez cambiará de parecer al ver bailar á las demás.

—Estoy aquí mejor, caballero.

—¡Pero si el salon está en el mismo jardin! mire Vd., pasando esta calle, allá abajo.

—Repito á Vd. que me hallo aquí perfectamente.

—¡Ah, cáscaras! es Vd. terca de veras, exclamó groseramente el duque; pero, añadió, aquí viene Lord G. que hará cambiar á Vd. de intencion, segun espero.

—Pues espera Vd. en una cosa que no sucederá, dijo María con una firmeza que sorprendió á su misma madre.

Un instante despues, llegó á donde estaban Lord G., que venia buscando á su mujer y á su hija.

—Querido amigo, vamos á ver si Vd. rinde la terquedad de esta niña, dijo el jorobado con una impudencia increíble: está empeñada en no bailar conmigo este rigodon.

—¿Por qué es eso? preguntó severamente Lord G.

—Eso pregunto yo tambien: ¿por qué razon me hace este desaire?

—Caballero, respondió con seriedad Lady G.; acabemos una broma que ya es pesada por demás: mi hija no baila, ni bailará con nadie; pero aunque bailase con todos los caballeros que se hallan aquí, no bailaria con Vd.

—¡Vaya por Dios! ¿y por qué, señora? preguntó el imprudente anciano.

—Debe Vd. suponerlo sin que yo se lo diga.

—Pues amiga mia, no acierto, y así le suplico que se explique.

Cármen, débil y tierna, empezaba á angustiarse: jamás habia sostenido lucha con nadie: demasiado delicada, demasiado tierna, no habia tropezado con personas de la clase á que pertenecia la que tenia delante: no habia visto entes que hiciesen alarde de su deformidad, y que la convirtiesen en una arma ofensiva para los demás.

Levantó los ojos con terror, y se halló por

un lado la mirada severa de su marido, que caía á plomo sobre ella.

Por otro la mirada insultante del duque, que parecia lastimar como una sierra.

En frente de ella se habian reunido formando círculo varias personas de las que discurrían por los jardines, atraídas por la novedad de la disputa.

La pobre mujer, sintió que le faltaba el valor: entretanto, repitiendo el duque su pregunta, dijo:

—¿Por qué no puede bailar conmigo esta señorita?

—Caballero, respondió Cármen, en quien pudo más la indignación que todas las demás consideraciones: ni quiere mi hija participar del ridículo de Vd., ni yo la consentiré tampoco aunque ella quiera, que participe de él: ¿está Vd. ya satisfecho?

—No, señora, respondió el duque, que no se cortaba por nada ni ante nadie; no estoy satisfecho: antes bien quiero hacer á Vd. una pregunta, que le parecerá un poco extraña.

—No importa, hágala Vd.

—Eso mismo digo yo; no importa una rareza más en una persona como yo: lo mismo da ahora bien; ¿á Vd. le parece que bailando conmigo esta señorita participará de mi joroba?

Al oír aquella grotesca é inesperada salida, los circunstantes se echaron á reír en su mayor

parte. Cármen se volvió á su marido, y le dijo con gravedad y entereza.

—Amigo mio, deseo retirarme.

—¡Cómo, señora! ¿de dónde viene Vd. que no sabe sufrir la broma mas ligera é inocente? exclamó el duque cómicamente admirado: yo creí que Vd. estaria más acostumbrada á los usos de nuestra sociedad.

Lady G. no respondió nada: hizo una señal á su hija para que la siguiese, y echó á andar hácia la salida del jardín, seguida ella misma por su marido.

En la puerta encontraron á la embajadora.

—Y qué, amiga mia, ¿se retira Vd. ya? la preguntó admirada.

—Sí, señora; la respondió Cármen: mi hija se siente algo indispuesta.

Después de algunas corteses palabras de la señora de la casa invitando á la jóven á tomar algun descanso en un gabinete apartado, y de las agradecidas excusas de Lord G. y de su esposa, subieron los tres en su carruaje.

—Amiga mia, dijo Lord G. friamente á su mujer: debo decirte, que esta noche te has conducido como una aldeana, y que estás ya imposibilitada de presentarte de nuevo en los salones, por que todos te señalarán con el dedo.

—¡Dios mio! ¿qué es lo que dices? exclamó Cármen, más admirada que afligida de lo que oía: ¿qué mundo es este que así juzga y castiga?

—Un mundo, señora, con el cual es preciso usar de buena educacion y ser tolerante: un mundo que no perdona jamás el ridículo.

—Pero, amigo mio, por huir del ridículo he obrado así, repuso Cármen ¿estupefacta. No era en efecto ridículo para María y para nosotros, el que bailase con ese jorobado?

Lord G. tardó algunos instantes en responder, como si hubiera estado meditando el modo de que sus palabras hiriesen de la manera más cruel posible á su mujer: luego dijo lentamente:

—Ese ridículo jorobado, señora, es el futuro esposo de María.

—¡Santo cielo! exclamó Cármen echándose aterrada hácia atrás: ¡será eso posible!... ese hombre...

—Es el que ha de casarse con mi hija.

—¡Padre mio! exclamó á su vez María, esto es un sueño, un sueño horrible... yo... casarme con el duque...

Y se levantó pálida y convulsa, olvidando que se hallaban en el ámbito reducido de un carruaje.

—Te casarás con él, y serás la esposa de uno de los más grandes señores de España, repuso el duque, sin que se alterase un punto su frialdad británica.

—¡Oh, esa idea no es de mi padre, no! gritó la pobre niña, clavando en su madre una mirada de angustia y de estravío: ¡ese horrible pen-

samiento pertenece á mi hermano! ¡desgraciada de mí si está mi suerte entre sus manos!

—Hija mia, respondió Lady G. enjugando sus lágrimas con una especie de fiereza; no estás sola en el mundo entre tu padre y tu hermano: aún te quedo yo; y mientras viva, trabajo les ha de costar el sacrificarte: apelaré á todo antes que consentirlo: á las leyes y á mis derechos de madre.

Lord G. se sonrió desdeñosamente, y luego respondió:

—Amiga mia, es forzoso dejar ya las ideas romancescas: es necesario olvidar ya al visionario y ambicioso Benedicto, que desea por esposa á María, para atrapar un caudal en el que de otro modo jamás podia haber soñado.

—¡Oh Dios mio! suspiró María: semejante ultraje á él... tan bueno... tan noble...

—Las niñas callan cuando hablan sus padres, repuso Lord G.; te casaré con el duque, por dos razones: la primera por que de tu boda depende el que tu hermano lleve á efecto la suya con la sobrina del duque, que posee seis millones de dote: el duque le concede su mano en el caso que yo le conceda á él la tuya: si no, no.

—¿Con que es Osvaldo el que desea á toda costa la desgracia de mi hija? exclamó Cármen.

—Es Osvaldo, en efecto, el que mirando por la prosperidad de la familia y por el engrandecimiento de nuestro nombre, tiene tanto inte-



rés como yo, en llevar á cabo estos dos enlaces: pero aún me falta que decir la segunda razon que tengo yo para desearlo tambien, y quiero que la sepais para que veais que mi resolucion es irrevocable: quiero casar á María con el duque, porque es enormemente rico, y porque siendo ahora una niña, se acostumbrará fácilmente á su fealdad, que es realmente muy grande, y en cambio disfrutará desde el primer dia de su casamiento de un tren casi real.

Cármen no pudo contestar, porque el carruaje llegaba á la puerta de la embajada inglesa: el lacayo abrió la portezuela, y Lord G. bajó, dando la mano á su mujer, y despues á su hija, con su política fria é inalterable.

## VIII

Cerca del amanecer regresó del baile Osvaldo.

No bien habia entrado la camarera de Lady, G. entreabrió la puerta de la habitacion de ésta, y la dijo con acento breve y contenido:

—Señora, ya está ahí.

Cármen se levantó como movida por un oculto resorte: no se habia acostado: casi sin saberlo ella, la habia despojado su doncella de se traje de baile, y se habia dejado caer en el

sillon donde estaba cuando fueron á avisarle de la llegada de Osvaldo.

Tenia puesta una bata de noche, de muselina blanca, y sus cabellos negros, caian en largas trenzas por su espalda.

El balcon de la estancia estaba abierto, y los primeros rayos de la aurora venian á quebrarse sobre su frente, blanca como el mármol y helada como la de una estátua.

Sin pronunciar una palabra, salió de su cuarto y se dirigió al del hijo de su esposo.

Este acababa de entrar, y habia cerrado la puerta. Cármen llamó y Osvaldo respondió:

—Adelante.

Cármen abrió la puerta y se halló en presencia de Osvaldo, que estaba ante una mesa quitándose los guantes.

El primer movimiento de la desgraciada madre, fué arrojarse á los piés del inglés, levantar sus manos unidas, y exclamar con voz triste y llena de lágrimas:

—Osvaldo... ¡piedad para mi hija!

—¿Qué es esto, señora? ¿qué le pasa pues á María? preguntó el jóven, con una sorpresa verdadera, ó al ménos hábilmente fingida: ¿qué ha ocurrido?

—¡Ah, Osvaldo! prosiguió la pobre madre sin poder contener los sollozos que se agolpaban á su garganta: te lo pido por el amor de tu madre!

—¿Pero, qué es lo que me pide Vd., señora? tornó á preguntar el jóven: y tomando la mano de Cármen, la hizo levantar y la condujo á un asiento cercano.

—Te pido, exclamó Cármen, te conjuro por lo que más ames, que disuadas á tu padre de ese horrible proyecto.

—¿Tiene, pues, mi padre, algun proyecto horrible?

—¡Oh, sí! espantoso, y tú lo sabes... en fin, Osvaldo, no te acuso... no me quejo... solo te ruego que impidas ese odioso enlace que tu padre parece decidido á llevar á cabo.

—¡Ah! exclamó el inglés, haciendo como que comprendia por fin: ¿es del matrimonio de mi hermana de lo que se trata?

—¡Sí, de ese maldito proyecto! Osvaldo... escucha; yo sé que tú eres el que lo has pensado, y el que aconseja á tu padre que lo realice... pero ¿no sabes que tu mismo padre, que ahora se aviene á sacrificar á esa infeliz niña á tan monstruosa union, ha dado plazo á Benedicto para que busque fortuna, y darle despues su mano? ¿es posible que su ambicion ó la tuya le haga faltar de ese modo á un compromiso tan sagrado y hecho además á la cabecera de un moribundo?

—¡Bah, bah, señora! ¿quién piensa ya en semejantes gentes? preguntó Osvaldo en tono despreciativo: ¡unos pobretones, que mendigaron

toda la vida nuestra amistad para darse lustre con ella, y que despues concibieron el osado proyecto de entrar en la familia! En cuanto al juramento, mi padre lo hizo llevado de su nobleza y buen corazon á un hombre que se moria para que muriese en paz: pero luego el hombre no murió.

—¿Y por qué cuando le vió bueno no revocó el juramento? ¿quién le obligaba á permanecer ligado por medio de aquella promesa? De ese modo, mi pobre hija hubiera ido acostumbrándose á mirar ya como imposible aquella union.

—Eso es lo que debia haber hecho mi padre, Milady, y bastantes veces se lo he dicho: pero no me ha hecho caso, y ahora le estará pesando ya: en cuanto al matrimonio entre el duque y Maria, debo hablar á Vd. con franqueza: ningun partido puede serle tan ventajoso, ni proporcionar á la familia tantos honores y consideraciones.

—¡Basta! hombre cruel y ambicioso, ¡basta! exclamó Cármen en el colmo de la indignacion: ¡veo que mi hija no tiene otro apoyo que el mio, pero este no le faltará!

—Señora, repuso Osvaldo deteniendo con un ademán respetuoso á Cármen, que se habia levantado con ímpetu para salir de la habitacion: señora, es preciso hablar para entenderse; ese matrimonio no es la muerte de Maria: esta se-

rá dichosa en él, estoy seguro de ello, y por eso lo he propuesto á mi padre: y si no, veamos; cuando Vd. se casó con Lord G. podía Vd. ser muy bien hija suya: pero las riquezas, la brillante posicion, lo allanaron todo, y segun creo no ha sido Vd. infeliz!

Cármén contestó solo á estas palabras tan humillantes para ella con un gemido: comprendió entonces cuánto la habia odiado siempre el hijo de su esposo, y que ahora se vengaba cruelmente del casamiento de su padre con una mujer de una clase que no creía él corresponder á la suya.

—Por otra parte, prosiguió Osvaldo: yo mismo me sacrificio más de lo que puede Vd. suponer, Milady, casándome con Cornelia: es una muchachona mas alta que yo, y casi tan gruesa, morena, con grandes cejas, y una voz vanonil: pero ¿qué remedio? el honor de la familia es antes que todo.

Cármén se dirigió á la puerta, conociendo que nada debia esperar de aquel corazon de roca.

Poco despues de salir ella, entró Lord G. en el cuarto de su hijo.

—¿Ha venido? le preguntó desde la puerta.

—Acaba de marcharse.

—Lo suponía, dijo Lord G.; y luego, con una especie de vacilacion muy extraña en un hombre de su energía y que manifestaba hasta qué punto le imponía su hijo, preguntó:

—¿Ha llorado mucho? ¿está muy abatida?

—Está consolada, y casi convencida, respondió con osadía Osvaldo: ella cederá.

Lord G. salió pensativo, y se encerró de nuevo en su cuarto.

En cuanto á Cármén, habia ido á la estancia de su hija, que se hallaba al lado de su tia.

Miss Arabela la hacia beber una taza de tisana, compuesta por ella, y que exhalaba un aroma que hacia honor á su habilidad. María estaba pálida, y habia pasado la noche presa de una terrible fiebre nerviosa.

Era la fiebre que la habia postrado en el lecho á la partida de Benedicto, y que habia vuelto á aparecer á su regreso del baile.

—¿Qué hay, madre mia? preguntó al ver á Cármén.

—¡He perdido toda esperanza! murmuró Lady G. dejandose caer sobre una silla.

María no respondió nada: se dejó caer á su vez sobre las almohadas, y de sus ojos secos é hinchados se desprendieron dos gruesas lágrimas.

## IX.

Ocho dias despues, entraron á Lady G. una carta.

Al ver la letra del sobre, se estremeció; era de Benedicto.

La abrió, y decía así:

«Querida madre mía: Perdóname si te doy aún este dulce nombre, al que estoy tan acostumbrado: he llegado á Cádiz, pero enfermo: permaneceré aquí el tiempo necesario para recobrar la salud, y luego saldré para la Habana, donde moriré ó conseguiré la fortuna sin la cual no puedo ser dichoso.

«¿Y María? ¿sufre? ¿llora? ¿se acuerda de mí? Si tú, querida madre, me das permiso para que siga escribiéndola como hacia antes del cruel engaño que he experimentado, dentro de la primera carta que te escriba, irá otra para ella.

«Hoy no puedo más... mi corazón llora sangre... la angustia me mata... no olvides, y cuida que no olvide María al desgraciado

*Benedicto.*»

Cármén abrió mucho sus grandes ojos negros, y en ellos brilló un rayo de gozo: allí estaba el único medio, la única esperanza de salvar á María: este medio, esta esperanza era Benedicto. Benedicto, detenido en su camino por la enfermedad, ó mejor dicho por la mano de la Providencia.

Cármén sufría horriblemente desde hacia ocho días: durante ellos, su esposo la había obligado á ir á casa del duque, para visitar á la futura esposa de Osvaldo: el duque y sus sobrinas, no salían de casa de Lord G., y la po-

bre María, adelgazaba como una sombra, y pasaba los días entregada al llanto y á la desesperación.

Lady G., en el arrebato de su gozo, tomó la pluma, y escribió rápidamente y con mano ca-lenturienta, algunos renglones desiguales: decían así;

«Benedicto, ven en cuanto recibas esta: Osvaldo, el ambicioso Osvaldo quiere casar á María con un sér repugnante... espantoso, y su padre está ya convencido por él... apresúrate, porque el día del enlace se acerca, y quizá no sobreviva á él tu infeliz madre

*Cármén.*»

Lady G. pidió su coche, salió y puso ella misma esta carta en el correo: á la vuelta pasó por una iglesia, y entró en ella para dar gracias á Dios, por haberle enviado este pensamiento salvador: la oración disipó las tinieblas de su delirio, y se espantó de lo que acababa de hacer.

En efecto ¿qué resolución tomaría el impetuoso, el exasperado Benedicto? ¿qué haría? El era capaz de todo por vengarse y por recobrar á María, ó al ménos por no dejársela arrebatar por su hermano.

Lady G. permaneció allí largo rato: arrodillada sobre el helado mármol de la iglesia, no sentía correr el tiempo; parecía que una mano de hierro la clavaba en aquel sitio.

Dió por fin la hora en que las iglesias se cierran, y el sacristan se acercó á decirle que se retirara: ella alzó la cabeza como si saliera de un sueño penoso, se levantó con trabajo, y echó á andar hácia la puerta, subiendo al coche maquinalmente.

Cuando éste se detuvo á la puerta de la embajada, abrió la puerta el lacayo: pero Carmen no bajó, ni se movió siquiera; estaba desmayada.

Trasportada á su cuarto, y acostada en seguida, fué acometida de una fiebre violenta, y la buena Arabela la oyó exclamar muchas veces:

—¡Dios mio, qué será de mí! ¡qué será de mi hija!... ¡qué será de todos nosotros!

Dos ó tres veces durante la noche quiso arrojarse del lecho; y contenida por Arabela y por su hija, que no se separaban de la cabecera de su cama, gritaba:

—¡Dejádme!... ¡dejádme!... quiero recoger esa carta... que me devuelvan esa carta... la quiero... la necesito...

La postracion más profunda seguia á estos accesos, que ni su hija ni la inocente Miss, podian comprender.

Pero cuando entraban en el aposento Lord G. ó su hijo un terror invencible, mortal, cerraba sus labios: entonces no se atrevia ni á murmurar una palabra, ni á dejar escapar un suspiro, y parecia esperar su sentencia de muerte con un terror mudo y supersticioso.

La pobre mujer tenia razon en temer: una tempestad de sangre y lágrimas se formaba sobre su cabeza, y la sentia venir y aproximarse á ella, y á todos los que amaba.

## X.

Siete dias más tarde, se ejecutaba en el teatro del Príncipe una de las mejores obras del repertorio antiguo.

Desempeñábanla los primeros actores, y la sala del coliseo se hallaba completamente llena.

Un jóven pálido, enflaquecido y vestido de negro, se sentó en la primera butaca de una fila, y pareció esperar con calma la representacion.

Este jóven tenia una fisonomía espiritual y simpática: era muy moreno, y sus cabellos y sus ojos eran negros y magníficos.

Poco despues de haberse sentado él, llegó Osvaldo: la butaca á que estaba abonado se hallaba situada en la misma fila que la que ocupaba el jóven vestido de luto.

—Caballero, le dijo este con acento hostil y agresivo, me ha pisado Vd.

Osvaldo iba á responder el usual *Vd. dispense*, pero miró casualmente el semblante del que le hablaba, admirado del eco de su voz.

Conoció á Benedicto, y se encogió de hombros con desden.